

# Escena en tierras de Uganda

JAIME E. OLLÉ GOIG

Una mujer blanca camina abrazada a una niña negra en un sendero rodeado de vegetación. La descripción de la fotografía que se puede ver en estas páginas, tomada en Uganda, le sugiere al doctor Jaime Ollé una reflexión acerca de la historia de Goret, una pequeña huérfana recogida en un orfanato. El autor nos invita a pensar en el afecto y el cariño que se da de manera gratuita, sin esperar nada a cambio.

*Para Tere, siempre*

**¿**Qué veis en esta fotografía? ¿Poca cosa, verdad? ¿Un paisaje bello o exótico? ¡No! ¿Una situación extraordinaria o interesante? ¡Tampoco!

¿Entonces por qué creo que vale la pena fijarse en ella y mirarla con detenimiento como hago yo a menudo? ¿Qué podemos ver en ella? ¿Qué nos enseña? Un sendero de tierra rodeado de una vegetación muy densa, y en él una mujer blanca que camina abrazada a una niña negra, muy joven. Las dos están de espaldas y no pueden ver al fotógrafo, pero la más joven seguramente ha oído un ruido, vuelve ligeramente la cabeza, y lo mira de reojo con una sonrisa de complicidad: ¡No, no diré nada!, parece que le quiere decir.

Claro, tengo la gran ventaja de ser yo mismo el que tomaba la foto y saber todo lo que la escena representa, y por esto me conmueve lo que veo y

---

*Jaime E. Ollé Goig es especialista en medicina interna y enfermedades infecciosas. Fundador y presidente de la Fundación ACTMON. Autor de Crónicas de un médico en el mundo (Icaria).*

**“A Goret la conocimos con muy pocos años en un orfanato cerca de la ciudad de Jinja**

todo lo que me hace recordar. El lugar era Uganda, cerca del lago Victoria, el origen del Nilo, objeto de muchas discusiones y peleas entre los exploradores ingleses Burton y Speke, hace algunas décadas. La escena tenía lugar cerca del hospital donde yo trabajaba, antiguo centro de referencia de los enfermos de lepra y, por tanto, alejado de todo y de todos (el gran estigma que todavía tiene esta enfermedad no ha desaparecido a pesar de que hoy en

día se puede curar). El paisaje que nos rodeaba era maravilloso (Churchill había ya bautizado a Uganda como la perla de África). Aquí la naturaleza es amable y generosa, y no como la que sufriríamos unos años más tarde en un medio que constituía un verdadero insulto, y amenaza para el cuerpo, la vista y el estado de ánimo: rodeados de arena y piedras negras, sin árboles ni una brizna de hierba, y a 35-45 grados de temperatura todos los días del año: el lugar más caliente del planeta, ¡Djibuti!

A Goret la conocimos con muy pocos años en un orfanato cerca de Jinja, la hermosa ciudad cercana a nuestra vivienda. Allí íbamos a menudo para ir a buscar a Sumaya en un orfanato, una niña que había sido paciente mía, después de que su madre le quemara los pies, como castigo por un pequeño hurto. La mayoría de los niños internados tenían algún pariente que los visitaba e iba a recoger de vez en cuando, y con el que salían y cambiaban de aires. En cambio, Goret siempre se quedaba sola, y la directora nos preguntó si no podríamos tenerla junto a Sumaya los fines de semana. Nos explicó que alguien

la había encontrado, muy desnutrida, deambulando en los alrededores de un campo de refugiados. Parece ser que sus padres habían muerto asesinados durante la guerra civil en Ruanda. A pesar de las experiencias traumáticas y la infancia tan difícil que había vivido (o quizás por dicha razón), Goret estaba siempre alegre y de buen humor. En poco tiempo, desarrolló una relación muy afectuosa con nosotros y, especialmente, con Tere. Con frecuencia, una vez en casa, ella y yo nos hacíamos bromas: cuando yo estaba en la cocina fregando platos, ella, por detrás, silenciosamente, me pellizcaba. Yo, entonces la perseguía, e intentaba vengarme haciéndole lo mismo; después de pellizcarla le decía: *Esto no son nalgas; me engañas: ¡ahí has puesto una piedra!* Cuando un amigo de Nueva York, que nos visitaba durante unos días presenció la escena, se quedó sorprendido y escandalizado: *¿Pero tú ves lo que haces?*, exclamó. En África, el contacto físico no implica una amenaza ni un insulto como en casa, en que nos hemos de disculpar ante cualquier roce involuntario en un transporte público. Cuando voy al mercado de Jinja, mayores y pequeños me acarician con insistencia los brazos cubiertos de pelos cada día más largos y abundantes...

Recuerdo muy bien cuando antes de marchar de Uganda (Tere ya no estaba), llevé a Sumaya y a Goret a una feria que tenía lugar en una explanada cerca de las aguas agitadas del Nilo. Goret, siempre más expresiva, no dejaba de apretarme la mano, y con cualquier excusa se encaramaba a mis rodillas, me agarraba el cuello y me murmuraba: *Todavía no te vas, ¿verdad?*

Esta fotografía representa para mí el poder dar afecto, y de darlo de manera gratuita, sin esperar nada a cambio. Estoy convencido de que ello permite recuperar la paz, el bienestar y la salud mental de muchas personas que, como Goret, han estado terriblemente traumatizadas desde su más tierna infancia y durante sus vidas. Tere tiene esta inmensa capacidad, especialmente con los niños, y ellos lo notan de inmediato. Existe un sexto sentido, un lenguaje no oral que expresa muchas cosas a quien sabe escucharlo. Es así como yo la he visto "domar", solo con buenas palabras, a una clase entera de niños acostumbrados a ser "educados" a golpes de bastón, que les caían encima a la más pequeña falta o debilidad. También la he visto organizar con mucho éxito un musical con jóvenes cantando y



TERE CON GORET EN UNO DE SUS PASEOS, RODEADAS DE UNA NATURALEZA AMABLE Y GENEROSA EN UGANDA.

FOTO: JAUME OLLÉ

bailando. Esto, puede parecer que no tiene mucho mérito, pero hemos de tener en cuenta que los participantes eran chicos y chicas no acostumbrados a hacer cosas juntos, ambos sexos mezclados, cristianos y musulmanes, y que la mayoría de ellos vivía en las calles de la ciudad, habiendo llegado de Etiopía sin papeles: ¡Unas verdaderas fieras que al son de la música y bajo su dirección se amansaban, reían y pasaban un rato agradable!

No olvido una escena descrita por el escritor Sandor Marai, creo que en su libro *¡Tierra! ¡Tierra!* La guerra ha acabado y los alemanes han abandonado Hungría; el país está destrozado, pero por fin ha llegado la paz. Los ciudadanos esperan que todo empezará a mejorar. No obstante, llegan los comunistas y ahora el ejército invasor es ruso y no menos salvaje y cruel. En un pueblo donde ha sucumbido mucha gente, un soldado sediento pide agua a una campesina; ella se la da. El soldado bebe y exclama:

*Mujer, ¿por qué me das agua a mí? ¿A nosotros que os estamos matando y cogiendo todo lo que tenéis? ¿Estás loca?* Ella lo mira a los ojos y responde: *Porque soy una persona y si tienes sed, darte agua es lo que he de hacer. Ahora ya me puedes matar.*

Creo que aquella mujer humilde ignora, o tan solo intuye, que el vaso de agua ofrecido al soldado invasor es el mejor regalo que se ha hecho a sí misma. El afecto real, el amor verdadero y el respeto son sentimientos que no se intercambian ni se venden, se dan sin esperar nada a cambio. Aquel vaso de agua, mientras esperaba la muerte, es lo que nos hace mejores, es lo que nos hace humanos.

Goret tiene ahora unos veinte años y está acabando los estudios de administración y contabilidad. A veces nos escribe explicando lo que hace, y la vamos a ver casi cada año. Su sonrisa sigue iluminando su rostro y siempre nos dice: *I'm very, very, very lucky!* Nosotros también. ▀